Inti: Revista de literatura hispánica

Volume 1 | Number 29 Article 24

1989

El ocaso de Navarrete. Cuerpo presente

Luis Dominguez-Vial

Citas recomendadas

Dominguez-Vial, Luis (Primavera 1989) "El ocaso de Navarrete. Cuerpo presente," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 29, Article 24.
Available at: http://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss29/24

This Creación is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized administrator of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact mcaprio1@providence.edu.

LUIS DOMINGUEZ-VIAL

El Ocaso de Navarrete
Cuerpo Presente

Cuando uno llega, ellos están reunidos. En penumbra la pieza se siente más pequeña. Huele a vino y empanadas. Resalta la seda blanca del interior del ataúd y el rostro pálido de Aquiles Navarrete. Está bastante elevado, así es que sólo se puede ver el perfil o un lado de la cara. Para mirarlo de frente tendrías que empinarte, pero nadie hace eso. Ellos beben y comen moderadamente. El ataúd está sobre la tarima negra de madera pintada. Uno debe tener cuidado para no tropezar con las barras que flanquean la tarima, dos barras características del levantamiento de pesas, una con bolas, otra con discos. Aquiles Navarrete se ve dormido; el rostro regular, de correctas facciones, aparte de su extrema palidez no muestra nada anormal. Se advierte más quizás ahora que su pelo oscuro y crespo había principiado a encanecer. Ellos conversan; vigilantes, a veces observan de soslayo el ataúd. Al fondo de la pieza hay un armario y el retrato de Charles Atlas, cuerpo entero: el mismo de los avisos que conoces, aunque más grande, y en colores.

Auténtica fotografía de quien ostenta el título de Hombre más Perfectamente Desarrollado del Mundo.

¿Cuál es mi trabajo? ¡Transformo a los debiluchos en hombres!

Destina 15 minutos diarios, y yo te hago un hombre nuevo.

Había también un joven flaquito que era humillado en la playa, porque un *matón le echaba arena en la cara.*

Lo humillaban delante de su niña.

Tiempo después el flaquito es macizo, con poderosos músculos y golpea al matón.

Le saca la cresta.

Antes ha intervenido Charles Atlas...

Y su Tensión Dinámica.

Una estampilla puede cambiar tu vida por completo.

El flaquito envía el cupón...

A vuelta de correo recibe el libro ***Permanente Salud y Fortaleza,*** *que lee y estudia.*

Se suscribe al sistema y se transforma en un hombre nuevo.

En la misma playa se venga del matón.

Y reconquista a su niña.

Ella lo ve todo y vuelve a enamorarse del joven, aunque más sólidamente ahora.

Los padres de Aquiles Navarrete están sentados muy juntos. Los ojos de ambos tienen la misma inexpresividad, como si sólo vieran más allá de un punto imaginario.

— Fue uno de esos avisos — dice él —. Tito se fascinó con Charles Atlas. Aún no tenía 10 años, creo. Por eso recibió además un folleto para menores. Quería ser fuerte como nadie o fuerte como Charles Atlas. Mire, usted, si de inmediato consiguió una fotografía como ésa pero en blanco y negro, y la puso en una pared de su dormitorio.

— El no quería andar dándose de puñetazos con los otros — dice ella —. Tito era un niño tranquilo. Eso de desarrollar los músculos era su afición. Era buenazo para mover los muebles de un lado para otro. Bastaba pedirlo: *Tito, pon ahí el ropero.* Y listo, lo hacía.

— A mí me gustaba que fuera atlético, deportivo: es más sano, usted comprende. Así se aparta a los niños de muchas tentaciones. Le di el dinero que costaba el sistema. Tenía que ser bueno, porque ese Charles Atlas aparece en los diarios y revistas desde que tengo recuerdo.

— ¡Ay, Señor, yo creo que toda la vida ha estado ahí ese Charles Atlas! Es así como eterno, digo yo.

— No exageres, mujer, pero mire, antiguo es sin duda. Tito se sorprendió cuando se lo dije: *¡No puede ser tan viejo, papá!* El estaba mirando la fotografía. *Bueno* — le dije —, *al menos ten la seguridad de que ésa ya no es su apostura. No puedes saberlo, viejo*, me contestó. Y el

Charles Atlas era mayor que yo, imagínese. Quizás debía dejarlo con la ilusión, aunque no soy partidario de ocultar la verdad a los niños...

— Después el Tito levantaba pesas en las escuelas y en los municipios.

— Eso vino más tarde, mujer, cuando fundó el Club. El caso es que se olvidó lo que le dije, porque continuó hablando de Charles Atlas como un modelo actual. El hijo de Charles Atlas podrá ser, pensaba yo a veces, pero lo dejé y...

— Y se apasionaba el Tito. Si salía alguno que aguantaba un bus encima, Tito me decía: *Eso no es nada, mamá, Charles Atlas levanta un bus lleno de gente.*

— Yo no lo oí exagerar así, mujer.

— Yo sí, así me dijo una vez.

— Fundó el Club. Yo les cedí esta pieza, en la que antes guardaba materiales. Aquí pusieron sus instrumentos. Así el Club tuvo su sede. Harto olor a hombre tenía esto, le diré.

— Yo hacía el almuerzo para todos. Por hambrientos que estuvieran, yo les decía: *Lávense antes, chiquillos* ...Luego fueron casándose... Ustedes no se vieron tan seguido por aquí. Tito no se enamoró en serio..., hasta ahora. Después del viaje, fui a hacerle la pieza un día y vi las fotos. *Es una niña, mamá*, me dijo. ¿Quién será esa Cindy?, digo yo.

— No te apures, mujer. Ahora, además, poca necesidad de saber tenemos. Tito tuvo sus amoríos, como todos. Era discreto. No era dado a vanagloriarse, como hacen otros...

— Tito no era mujeriego, ¿no es cierto, Alan?

— ¿Quién dijo "mujeriego", mujer? Tenía sus cosas. Tú, Alan, sabes a qué me refiero.

El primo Alan es el único que no está vestido especialmente para la ocasión. Tiene piel aceitunada y el aspecto de haber regresado recién de un largo viaje. Hay en él una actitud permanente de tímida expectación, unida a la no menos tímida promesa aparente de que tiene algo importante que decir. Cuando habla, el énfasis le lleva a inclinarse hacia adelante.

— Tito no era taciturno o esquivo. A menudo me decía: *¡Oye, Alan, vamos a los zíngaros!*

— ¿Qué zíngaros son esos, Alan?

— No me interrumpa, tío, porque pierdo el hilo. Son gitanas y gitanos, pero él me decía: *¡Vamos a los zíngaros!* Era su grito de guerra, ¿comprendido? No tenían que ser gitanas auténticas, se entiende, pero algunas lo son. De todos modos Tito llamaba "zíngaras" a esas amigas. Además le gustaban desde las famosas czardas hasta las soleares, todo el flamenco, desde luego. Estoy viendo a Tito ahí:

No, no, no
no que no la quiero.
No, no, no,
no la quiero yo.

— Está bien, Alan, las zíngaras, pero tú no fuiste nunca del Club Charles Atlas y...

— Ni por asomo, tío. Que quede claro: yo no tuve nada que ver con esa cosa. ¿Pero qué tiene que ver? ¡El no iba a los zíngaros a levantar pesas!

— Es que, perdóname Alan, aquí está Gastón, gran amigo de la casa. El fue el segundo del Club e interesará oírle, ¿no creen?

Gastón es menudo y abstemio. Parece hombre de confianza. Ha estado corrigiendo la posición de las sillas vacantes, ofreciendo empanadas, preocupado de los detalles. Bebe tragos cortos de agua constantemente como si combatiera la dispepsia. Sonríe cauteloso. Calcula sus frases.

— Fuí vicepresidente del Club Charles Atlas. Hacía todo, todo el trabajo de oficina. Mantuvimos correspondencia con el propio Charles Atlas; ahí está el archivo que pueden examinar si lo desean. Aunque quizás no valga mucho después de las últimas revelaciones. Tito firmaba sus cartas Aquiles Navarrete. De inmediato yo estampaba sobre su firma el timbre del Club. Gozaba Tito cuando recibía esos sobres grandes de papel grueso dirigidos a Mister Aquiles Navarrete. No exagero al contarles que ésos fueron los días en que lo vi más contento...

— Vinieron a buscarlo para que fuera luchador, después boxeador, creo también, ¿verdad, Gastón?

— No lo interrumpas, mujer.

— Primero fue que le pidieron que fuera boxeador, señora. Pero todo eso sucedió más tarde. Antes fuimos a las escuelas e hicimos giras por las provincias, presentando a Tito y a figuras menores, todos levantadores de pesas. No sé si recordarán a Jorge Gambino, el Coco Gambino, como le decíamos, y el malogrado Justo Perales...

— ¿Murió Perales?

— Sí, señor; es decir, está desaparecido.

— ¿No es curioso que mi pobre Tito haya venido flotando boca abajo por el mar hacia la playa donde jugaban los niños?

— No comprendo, señora.

— Tú sabes, Gastón, lo que quería Tito a los niños. El quería ser un ejemplo para ellos, por eso fue a las escuelas.

— Cierto, señora, es una coincidencia curiosa. Como les decía, fuimos a las provincias y nos Invitaron los municipios. Yo me encargaba de los pasajes y otros preparativos. Fui haciendo también el álbum con los

recortes, que también está ahí, a disposición de ustedes. Tito se presentó en más de 20 celebraciones de distinta índole. Estoy de acuerdo, Tito era reservado. Hasta esta última historia con Cindy Donelan: no había cómo saberla...

— ¿Cómo que no, Gastón? Cuando volvió del viaje, puso las fotografías en la pared y pasaba escribiendo cartas. Yo quería que saliera y le pregunté por los amigos, no ustedes, ésos del último tiempo, los que le pagaron el viaje. Y él me dijo: *Mejor que no vengan, mamá, que no se aparezcan por aquí.* Y siguió escribiendo. Tú lo viste, Alan.

— El me dijo: *Alan, estoy enamorado, pero creo que sin esperanzas.* Me mostró las fotografías. Pensaba en Cindy Donelan con diminutivos: *sus piececitos, sus piernecitas, sus manitos, sus bracitos, su carita, su pelito* y muchos otros diminutivos que él no usaba antes. Nunca usó más de dos diminutivos con las zíngaras, por ejemplo. Esto muestra algo, ¿o no?

— Conforme, Alan...

— No, tío, no tan conforme. Esto de los diminutivos no es broma. Lo que sucede es que llega un tiempo de madurez en que algunos de nosotros parecemos dispuestos o, mejor, predispuestos a encontrar "la mujer". No es un ideal de mujer, ni ese encantamiento de los adolescentes, entiéndanme bien (y esto no tiene nada que ver con los zíngaros). Ahora se trata de que nos sorprenda una mujer en circunstancias inverosímiles. Una joven, alguien que largamente buscábamos entre confusos impulsos que lográbamos coordinar o ni siquiera reconocíamos...

— ¡Por favor, Alan!

— Espere, tío, que aquí viene Cindy Donelan, de North Dakota, y los diminutivos...

— Gastón estaba contando la historia del Club Charles Atlas y...

— Verdad, tío, yo no fui nunca miembro de esa cosa. ¡Adelante, Gastón!

— Entonces vino el asunto de México, el 68. Estuvimos en le dilema con la Comisión de Deportes si enviábamos o no a un levantador de pesas, el que tendría que ser Tito, por supuesto. Para abreviar: ellos no le hallaban categoría. Fue un problema técnico: Tito se presentó como mediano, pero, en el concierto mundial, levantaba pesos como liviano solamente. Esta fue la primera dificultad. La otra era que el peso de Tito excedía los 82,5 kilogramos, o sea, ya no era mediano sino que estaba en el nivel inferior de los pesados. Una cuestión meramente técnica, como he dicho. Para nada consideró la Comisión la experiencia que podría ganar Tito, base de mi argumentación. Yo, en calidad de vicepresidente del Club Charles Atlas, alegué ante la comisión. Algunos diarios dieron cuenta; hasta hubo una entrevista de Tito en televisión, a la hora de almuerzo, ¿recuerdan? "Tito Navarrete, un Solitario", decía un título; otro, "La Postergación de un Valor Nacional"; así muchos, hasta que vino "Tito Navarrete no irá a México".

— Recibió muchas cartas, y todas en favor de él. Venía a mostrármelas: *Mire esta carta, mamá.* Lo que va el tiempo, digo yo, porque se demoraron varios días en reconocerlo cuando su cuerpo llegó a la playa.

— Apenas conversábamos en el taller en esos días. Con los receptores de televisión teníamos muchísimo trabajo. Tito tenía que ir en camioneta a las casas de los clientes y no podían convencerse que era el mismo Tito Navarrete. Estuvo bien desalentado, pero se lo guardaba.

— Yo puedo decirles que fue duro también para el Club, porque el Club se había empeñado. Cerramos filas en torno a Tito. Julio, aquí presente, debe acordarse, porque él me acompañó a veces cuando alegué ante la Comisión.

Julio es grande y colorado. Tiene aspecto jovial. Pero se ha visto nervioso, algo compulsivo al comer empanadas, beber vino y moverse de un lado a otro. No se aproxima a los padres de Aquiles Navarrete, más bien les evita. Su voz es baja, suave; uno debe acercarse a él para oír bien.

— A la Comisión le importaban un bledo los levantadores de pesas. *Todos los buenos son rusos,* decían. Había uno, el más contrario, que incluso dijo: *¿Y quién mierda les manda levantar esos fierros?* Se burlaban de nosotros cuando decíamos que representábamos el Club Charles Atlas. El fanático ése un día nos gritó: *¡Hey, ustedes ahí, aquí no tenemos tiempo que perder y ustedes son sólo un lote de bomberos locos!* La humillación del flacucho quedó chica. De ésa no nos salvaba Charles Atlas...

— Exasperamos a ese tipo, es cierto. Fue duro para el Club porque ya éramos pocos, aunque yo continuaba enviando citaciones y...

— De puro porfiado, Gastón, porque ya éramos los de estas cuadras nomás. A vos, Gastón, te gustaba ese payaseo. Poco después hasta esos que éramos nos distanciamos. Tito y yo pertenecíamos al movimiento Patria, Propiedad y Espíritu (el PAPE, como le dicen); Gastón y otros no estaban de acuerdo. Ahora viene lo que no se sabe, y esto para callado: aquí mismo, en la sede del Club, tito preparó las bombas. (Nunca supieron sus padres, ni tenían por qué saberlo.) Esta pieza quedó igual. Las bombas salían para la acción de inmediato. Nada de almacenamiento. Por eso Tito hizo el viaje a Estado Unidos: una misión pero, también, un premio. Poco antes del pronunciamiento, Tito era el campeón de las bombas.

— Pero Tito continuó pensando en Charles Atlas y...

— No lo dudo, Gastón, por eso se les perdió allá en Washington.

— Visitó la oficina de la Calle 23 en Nueva York. A la vuelta quiso reunirse conmigo para darme cuenta. Entré a su pieza y me dijo: *Oye, Gastón, Charles Atlas se murió hace un año. Nadie nos comunicó. Murió viejísimo, retirado de todo, en Florida. Pero, ¿sabes cómo era su verdadero nombre? No lo vas a creer, ¡Angelo Siciliano, Gastón, Angelo*

Siciliano! ¿Cómo lo hallas? Tenía nombre de gangster, ¿te das cuenta? Me pidió que escribiera un memorandum para ser enviado a todos los que habían sido miembros del Club. Le sugerí una circular en que contara su entrevista con Mister Charles P. Roman, Jefe de la oficina de Calle 23, quien todavía se mantiene en excelente estado físico a los 65 años, lo que también es importante para el Club. Tito porfió que quería un memorandum, un *memorandum dialéctico*, lo llamó, porque debía incluir los pros y los contras. Su obsesión era Charles Atlas, por eso viajó...

— Puede ser, Gastón, pero no le pagaron el viaje para eso.

— No podía pagarlo y se lo hizo pagar.

— Estaba en el grupo de Cifuentes, Gastón. Es complicado. Después del pronunciamiento, el Senador Garrity hizo declaraciones en contra de la junta militar. Preparó unas sesiones del Subcomité de Refugiados para investigar la violencia y posible intervención de la Central de Inteligencia en el pronunciamiento. El grupo de Cifuentes se organizó para tomar represalias contra los testigos. Hacer un escarmiento para intimidar en lo sucesivo. No me miren así: no fui partidario del plan. Me pareció demencial. Tito mismo no sabía bien de qué se trataba. Pero, ¿quién pudo disuadirlo si una dea se le metía en la cabeza? Cindy Donelan vivía aquí, como profesora de inglés y traductora. Partió de inmediato, en el primer avión después del pronunciamiento. Inició los testimonios y contó horrores; describió un panorama de represión sensacional. Cifuentes le ordenó a Tito que la liquidara. Debía ser silencioso: ahogarla en un ascensor, por ejemplo. Tito temía a Cifuentes, pero ¿quién no? Le pidió tiempo y se puso a seguir a Cindy Donelan. A Cifuentes y a los otros los pescó la policía, es decir el FBI y los metieron en un avión de vuelta. A Tito no: él continuó siguiendo a Cindy Donelan a toda hora. Cuando podía haber sabido que los agarraron, partió a Nueva York, a la oficina de Charles Atlas. Me han dicho que Cifuentes creía a Tito capaz de cualquier cosa. A Tito le parecía imposible ahogar a una niña con sus manos. Aceptó, según me dijo, porque él hubiera dicho que no se lo habría encargado a otro... A ti, Alan, te habló de Cindy Donelan.

— Con más de 30 años y esa disposición particularísima, de que hablé antes, los hombres son más románticos, más capaces de hacer locuras por una mujer. Se exacerban las exaltaciones porque es probable que sean las últimas, aunque se exacerban de una manera secreta, menos espectacular. Ya no se es héroe, sino que, muy conscientes de las limitaciones, tenemos esa curiosa sensatez...

— ¡Alan, Alan!, ¿y Cindy Donelan?

— Animé a Tito para que le escribiera. *Mira, Tito* — le dije —, *¿qué nos queda después del golpe de estado de los milicos? Le recomendé que se dedicara al amor tiempo completo... Cindy Donelan, de North Dakota. La persiguió 48 horas por las calles de Washington, sudando la gota gorda. La*

fotografió; anduvo en ascensor con ella. Pero ya se había enamorado, porque se enamoró de ella aún antes de verla de frente: la nuca y las pantorrillas. Ahí comenzó a pensar en ella en diminutivos. Nunca habló con ella. Tomó la dirección de Cindy de las maletas, la tarde que una hermana vino a buscarla al hotel. Después, acá, en su inglés robusto, Tito le escribió innumerables cartas. No tuvo contestación, pero él no dejó de escribir por eso. No hay copias porque eran cartas de puro amor. Cuando se le cansaba la mano, me decía: "Alan, vamos a los zíngaros".

Ayayay que te quiero,
te quiero más que ninguna;
vente conmigo morena...

— Pero Cindy es rubia.
— Sí, Gastón, es rubia.
— ¿No sabe ella...?
— Sólo sabe que cesaron las cartas.
— Angelo Siciliano, ¿quién iba...?
— Nombre de gangster.
— Vino flotando hacia la playa y los niños lo descubrieron, pero una no entiende.
— ¿Lo reconoce? ¡Cómo no voy a reconocerlo si es mi hijo!
— ¿De dónde venía flotando boca abajo?
— Nadie ha querido investigar nada.
— Una piensa: al menos lo hallaron los...
— Es tan poco lo que uno sabe.
— Cada día menos...

Cuando uno se va, llegan tres mujeres morenas, delgadas, de faldas largas, coloridas, acompañadas por dos hombres bigotudos con sus guitarras. El rasgar y punteo de las guitarras con un aire gitano, lento, melancólico, debe quedar sonando largamente en tus oídos.